

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## LA SUSTANCIA DE LA OPINION

# EL REFERENDUM DE EUROPA

El próximo domingo, 23 de abril, los electores franceses serán convocados a las urnas. Trátase de contestar a la pregunta de si aprueban el lanzamiento definitivo de la Europa de los Diez, como núcleo de integración futura del Continente. Francia, como signataria del Tratado de Roma, tiene ya en su haber una larga historia comunitaria y una aprobación parlamentaria de los textos de aquel Convenio y de la política seguida por sus gobiernos sucesivos en las reuniones de Bruselas. Pero Pompidou ha querido contrastar ahora el pulso de la opinión nacional en torno al grande y decisivo paso de la integración británica a la C.E.E. Con ello confiere un carácter más solemne y trascendente a la Europa de los Diez. Buscan los comentaristas y los críticos, otras implicaciones al gesto del presidente francés. Se piensa en que, desde la vertiente interna, su pregunta, masivamente respaldada, le daría nuevo ímpetu para gobernar el resto de su mandato, dejando además en mala postura a la oposición moderada o comunista, dividida en cuanto a sus actitudes ante la consulta. Se insinúa también que, adelantándose a los demás países en el acto plebiscitario, saldría no sólo con autoridad reforzada, sino posiblemente como candidato razonable a la presidencia de la confederación europea que se adivina como no tan lejana y formal meta del proceso iniciado.

Puede que en todo ello haya algo de verdad, pero si el referéndum tiene una honda significación que no se oculta al observador imparcial. En primer lugar, comprueba que la raíz de la Europa de los Diez tiene que hallar su alimento en la sustancia de la opinión popular. La Europa de los Diez será una confederación democrática, o no será. Por más que los Fray Gerundio de turno nos digan, con picardía de predicador tonto, que «cualquiera sabe que es eso del espíritu democrático del Tratado de Roma y que sólo se trata de defender los intereses económicos de cada país», lo cierto es que sí se sabe en qué consiste esa homogeneidad democrática de los miembros de la Comunidad y que precisamente una de sus bases es la soberanía de la sociedad, o si se quiere el derecho del país a regirse democráticamente a sí mismo, dentro de un sistema de libertades públicas y de opiniones plurales. Así se gobiernan Francia, Italia, Alemania, el Benelux, Gran Bretaña, Dinamarca, Noruega e Irlanda. Luego, en la instrumentación caben matices y variedades peculiares. Gran Bretaña es una monarquía bipartidista; Francia, un sistema republicano, cuasi-presidencialista; Italia, una república parlamentaria multipartidista; Bélgica, Noruega y Dinamarca son monarquías democráticas. Pero el fondo común es

tan acorde que puede avanzarse en el camino de la integración hasta proyectarse ya, no sólo un órgano de enlace cooperativo, especie de secretaría política de los eslabones ejecutivos de los diez países, sino también un parlamento elegido directamente por el sufragio universal de todos los países afectados que representaría un órgano deliberante, consultivo y fiscalizador de esa Europa «cuyas nuevas perspectivas se abren en el horizonte», según declara el mensaje presidencial francés.

Pero, desde otro ángulo, el acto plebiscitario representa también un punto de inflexión notable en la historia de Europa de estos últimos años. Significa sencillamente el abandono por Francia de la tesis gaullista que durante tanto tiempo fue el gran obstáculo al desarrollo y significación de la Comunidad. El General tenía dos temas obsesivos que condicionaban su política en la materia. Uno, era el temor a la supranacionalidad, o dicho de otro modo, el abandono gradual de la soberanía nacionalista en favor de los órganos comunitarios. El otro punto que constituía un verdadero bloque mental, extraño en hombre tan clarividente, fue su constante enemiga a la admisión de Gran Bretaña en la C.E.E. Para él, Inglaterra, no era solamente un cuerpo heterogéneo en el conjunto europeo, sino además un factor de perturbación. Razonaba su alergia apoyándose en las características de la economía isleña, articulada en la Commonwealth. Pero en realidad su recelo se fundaba en considerar al Gobierno de Londres como un gran agente al servicio de Norteamérica. Y esa colusión secreta le hacía estallar a veces en cóleras violentas contra lo que él calificaba de maniobra del mundo anglosajón.

Pues bien: a pesar del lenguaje retórico y de los golpes de propaganda bien instrumentada que proclamaban ahora la continuidad y el mantenimiento de las tesis gaullistas sobre Europa, lo cierto es que Georges Pompidou, espíritu frío, realista y calculador ha terminado con la actitud negativa, «paralizante y vana», como ha escrito un agudo comentarista, que el General pensaba dejar como testamento a sus sucesores. Francia ha abandonado radicalmente la inspiración de De Gaulle en la materia para marchar en vanguardia de la ampliación y del desarrollo de la Comunidad.

Pompidou habla literalmente de «confederación» como meta a la que se llegará progresivamente. El término se presta al equívoco y a la ambigüedad. En primer lugar, cabe preguntarse si no se ha empleado precisamente para calmar la inquietud de

los «ultras» del gaullismo ya que el vínculo confederal, según la definición clásica que llama así a la «asociación de Estados que conservan su soberanía», dejaría a salvo el prejuicio antes señalado hacia la supranacionalidad. Por otro lado, no existen, de hecho, «confederaciones» en el mundo moderno. La helvética, por ejemplo, que emplea ese término, es en realidad una federación típica. Como lo son los Estados Unidos o la URSS. El confederalismo ha sido en la historia, siempre, un punto de partida o una etapa transitoria hacia la unidad. Una Europa confederal puede ser el tímido primer capítulo de una integración federal o unitaria posterior. No creo que pueda ser, en cambio, una situación institucional definitiva.

La prisa del «referéndum» francés a que algunos políticos, no franceses, han aludido, es en realidad, la prisa de Europa. En esto, Pompidou ve largo y con acierto. En el otoño se reúnen los Diez, para examinar un orden del día cargado de problemas y preocupaciones. He aquí una síntesis hecha a la ligera del inventario: En el ámbito monetario internacional, los síntomas son de crisis de fondo, inevitable dentro del propio año 72. Europa necesita ponerse de acuerdo para espurar el golpe y eventualmente hacerle frente con unidad de criterio frente a la avasalladora y, a ratos, implacable, actitud de Washington en la materia. John Connally tiene a veces mentalidad y desplantes de prestamista tejanero. Otro tema de apremiante exigencia es la gran modificación creada en la panaméricana internacional con el nuevo triángulo de poder que liga a Washington, Pekín y Moscú en una complicada y peligrosa trama. De ella depende, no sólo la paz del mundo, sino el porvenir de las agrupaciones internacionales restantes. La Europa de los Diez es una de ellas. Por muchos conceptos, la más importante. Y aunque militarmente débil, con sus casi trescientos millones de habitantes de alto nivel educativo, cultural y económico, representa un foco de dinamismo histórico que deberá ser tenido en cuenta en los propósitos de los tres grandes poderes antes citados. Urge para ello que su voz se escuche y que además la respalde la opinión mayoritaria de la población. Una Europa que no se apoyase en el consenso libre de sus pueblos, sería otra vez, como la Europa de Napoleón, o la de Metternich, o la de Hitler, una ficción autocrática al servicio de hegemonías dinásticas o de dictaduras ideológicas.

José María de AREILZA

## FAMILIA DE MANDARINES

# CONTRA LA CULTURA

El viejo Valéry, con su sagacidad habitual, ya denunció un fenómeno parecido. Más o menos, dijo: «Combatir a la filosofía sigue siendo una manera de hacer filosofía». Y añadió: «Pero mala». Algo de eso hay sin duda. Lo de ahora pretende tener un alcance mayor: es la «cultura» entera, en bloque, la víctima de unos pocos ataques. Aparecen en libros, en revistas, en pancartas, en simposios, en tertulias. Se reproduce la paradoja, en definitiva. Quienes «desdennan» la cultura son, naturalmente, no sólo «personas cultas», sino más que esto, verdaderos «profesionales de la cultura», o en camino de serlo. Las muchedumbres analfabetas o semianalfabetizadas, por lo general, suelen sentir un gran respeto por la cultura: a menudo, son conscientes de la «carencia» que les aflige. Los otros, los aparentes «culturizados», se reclutan en el mundo académico o postacadémico: escritores y estudiantes, algún sociólogo fatigado, arquitectos alegres, cineastas, gente así. Una fatalidad obvia les obliga a argüir contra la cultura utilizando términos, conceptos y valores que «todavía» pertenecen al área de la cultura. No salen de su terreno. Tal vez por ello nadie acaba de tomarles en serio. El espectador ingenuo no los lee o escucha con excesiva atención. Intuye que se trata de un pleito de familia. Y que la familia es de «mandarines».

Desde luego, estos amagos de «neovandalismo» culto, cada día más frecuentes, no pueden ser tildados —a la ligera— de tontería o de insensatez. Ni mucho menos. Responden a un malestar profundo de la sociedad en que vivimos, o, para ser exacto, del sector «mandarín» o «mandarinisco» de dicha sociedad. Es muy probable que, en el futuro, si no se arreglan

las cosas, se acentúe su incomodidad. Porque, en buena parte, el problema es que la cultura crece y se multiplica, se acumula, además, hasta insinuarse como un agobio. No digo que esto sea todo. Claro que no. Pero sí es un factor importante: decisivo, incluso. Para los que no participan de lleno en la maniobra, la cultura se presenta como una oportunidad afable: «saber», «goce», «remedio» o «utilidad». Los vecinos subalternos ven en ella un fabuloso abanico de ventajas: la cirugía y el automóvil, oir mozarts o schoenbergs en el propio tocadiscos, enterarse de geografía y de matemáticas, leer —si tan masoquistas son— al mismísimo Kafka, colgar una reproducción de Picasso en la sala de estar, usar pastas dentífricas, teléfonos, neveras eléctricas, poesía lírica, y todo eso. Todo eso, en última instancia, es la cultura traducida en «aplicación». En «consumo»: no hay que escandalizarse. Los «mandarines» ven el asunto desde otro ángulo.

A ellos, «su» cultura les abruma y les cohibe y con razón. O por muchas razones. Es «demasiada» cultura pesando sobre las espaldas. El figurin renacentista del «uomo universale» se ha hecho inviable, y eso fastidia —secretamente— a los interesados. Hasta el más conspicuo de los intelectuales se ve condenado a padecer innumerables «analfabetismos» parciales. Y todos son «consumidores» —consumistas, bien mirado— al mismo nivel que un paleta inocente. Lo cual agrega un plus de vejación. Pero en especial, está la circunstancia irreversible de que la cultura es, guste o no, objetivamente «conservadora». Pido excusas por lo abrupto del adjetivo. Yo quisiera que, de entrada, se me interpretase su elección como una referencia de signo político. Pero el caso es que la

cultura necesita alimentarse de su propia continuidad: una continuidad construida con prolongaciones y con rectificaciones, y, de vez en cuando, con alguna ruptura. Pero continuidad. Las iras joviales gritarán: «¡El museo!». Sí: el museo, su frigidéz, su parálisis, sus telarañas, su hipoteca escolar. De acuerdo. Ahora: también la aspirina, y la ibeeme, y los electrodomésticos, y los tejidos de fibra sintética, y el resto de los recursos cotidianos que evitan nuestro regreso inmediato a las cavernas. No olvido la bomba atómica. La cultura, en sí, no es una dependencia de la moral, ni una utopía redentora. Es un «instrumento».

Un instrumento que, por una ley intrínseca, se basa en la continuidad. Cuando un Marinetti, o quien no es Marinetti, sale tocando la flauta de que hay que enciendar los museos —hace poco, alguien me decía: «¿Para qué los Grecos o los Renoirs?»—, la idea, sin llegar a ser intimidante, puede sugerir dulces ensoñaciones liberadoras. Ya no es tan sencillo reclamar una «interrupción» en otras provincias de la cultura, de las que depende la salud y el pan de cada día de la población, por ejemplo. Esta evidencia desautoriza el planteamiento genérico. Las «subversiones» contra la cultura acostumbran a producirse únicamente en el campo confuso de las «humanidades», y de eso que se tiende a llamar «ciencias sociales», muy poco «ciencias» al fin y al cabo. En las ciencias «de veras» no se gastan bromas de esta especie... Sea como fuere, la continuidad como principio provoca una cierta secreción «tradicionalista». Las inercias proliferan a medida que se divulgan, y cuando descendemos a la pacotilla pedagógica corriente, la cultura ya se ha convertido en un corsé, en una camisa de fuer-

za, en un troquel que deforma y acuña. Entre los muchos mecanismos de «alineación» que hemos de soportar, la cultura no es el menos eficaz. No porque sea «cultura burguesa»: simplemente porque es «cultura» a secas. Los apellidos que le pongamos representarán un aumento de presión, o una variante amarga de sentido. Sólo eso, sin embargo.

No ha de sorprendernos que, a ratos, se desencadenen pequeñas furias anticulturales. Son inofensivas: claudican a la puerta de la farmacia, insisto. Y funcionan como un episodio cultural más: a través de libros, de argumentos doctos, de justificaciones éticas. A veces, el impulso lleva a extremos aberrantes, que se desautorizan en su misma exageración. Pero tales reacciones son lógicas. La cultura, institucionalizada, mercantilizada, banalizada, se convierte en un arma de dominio y de encandilamiento. Y el nebuloso drama que apunta en el gesto rebelde —histrionismos aparte— se debate en unas contradicciones violentas. La perplejidad es tan vasta como aguda. La «anticultura» desea presentarse, con infusas de «progresismo», y de hecho, no es más que una actitud evasiva, o sea, lo estrictamente opuesto a cualquier «progreso». Es el Tolstoi chocheante, o el último Aldous Huxley, podrido de miedos... No resulta nada fácil tomar una resolución. Ya lo sé. Pero hay que apechugar con el embrollo. La cultura es «insidiosa» e «impréscindible», a la vez. Y, a la vez, se ha de estar «en contra» y «a favor»... La vida tiene estos golpes escondidos...

Joan FUSTER

**Dto. 42,5% EN FRIGORIFICOS**

**BAZAR PERPIÑÁ**

Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4, 6 y 8

**CORBERO, IGNIS, ZANUSSI, EDESA, etc.**

Abonamos más dinero que nadie por su antiguo frigorífico.

el de **4998** pts.

170 litros

Facilidades de pago

**iag**

**I.A.G.**

...EL MUEBLE DISEÑADO CON MENTALIDAD EUROPEA

RECUERDA A SUS CLIENTES LA OFERTA ESPECIAL DE UN DORMITORIO LACADO.

TRES RAZONES POR LAS QUE VENDEMOS TAN BARATO:

- 1.ª SOMOS FABRICANTES.
- 2.ª NUESTRO GRAN VOLUMEN DE PRODUCCION.
- 3.ª VENDEMOS A TRAVÉS DE NUESTRA CADENA DE ESTABLECIMIENTOS:

<b>BARCELONA:</b> Rocafort, 83 Tel. 223 51 71 Joaquín Costa, 50 Tel. 232 09 55	<b>BADALONA:</b> Alfonso XIII, 546 Tel. 389 08 58 Zaragoza, 18 Tel. 389 14 58	<b>CENTRAL:</b> SAN CUGAT DEL VALLES: Dos de Mayo, 18 Tel. 274 09 95	<b>RUBI:</b> Justicia, 8 Teléfono 299 02 85	<b>SABADELL:</b> Narciso Giralt, 15
--	---	---	---	--

SOLICITE CATALOGO GRATUITO A: I.A.G. ESPAÑOLA Aptdo. 33 - SAN CUGAT DEL VALLES BARCELONA